



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11802

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 12 DE MARZO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Canmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Siempre lo mismo

Todos los días nos vienen los políticos de segunda fila ofreciendo, desde los periódicos de su particular comunión, panaceas utilísimas para curar los males de la patria. Si fuéramos á creer lo que nos dicen, estaríamos convencidos de que estamos mal porque no hemos mostrado voluntad decidida de estar bien.

Lo primero que predicán es la abnegación, el sacrificio, el ofrecimiento de la satisfacción propia en aras de las conveniencias del país.

—Aquí—dicen—lo que se necesita, es un gobierno fuerte formado de elementos nuevos, que sepan eludir compromisos y que nieguen al favor lo que debe adjudicarse al mérito.

La teoría es hermosa, sobre todo para defendida en las Cortes, desde los bancos de las minorías, ante el público que escucha con la boca abierta cosas tan bonitas; pero llegado el instante de aplicarla, no queda nada del discurso, ni del cliché que la llevó á la prensa para propagarla, ni de los sanos propósitos que la aconsejaron, ni nada pues que indique que aquí hay nadie dispuesto al sacrificio de sus conveniencias en pro de las mayores del país.

La última crisis ha producido un nuevo ministro: el Sr. Ursáiz. Como gobernador era conocido; como hacendista no. Solo «El Correo» estaba en el secreto, porque en dicho colega había el Sr. Ursáiz hecho campañas brillantísimas que lo habían revelado como candidato á obtener un puesto entre los elegidos.

Era un ejemplar raro, que apenas posesionado del ministerio é interrogado sobre lo que iba á hacer, habló huyendo de las promesas y las frases pomposas, expresándose con ingenuidad verdaderamente infantil:

—¡Ese es un hombre!—dijo la opinión al oírle; y para no dejar mal parada la opinión, el Sr. Ursáiz, que debe ser un carácter apropiado para uno de esos gobiernos que las oposiciones nos pintan en las Cortes como tipos, se ha encaramado con los que le asedian pidiéndole destinos y ha manifestado que respetará en sus cargos el personal técnico del departamento que se le ha confiado.

Y es de ver la polvareda que ha levantado entre los suyos el señor Ursáiz. La teoría hasta hoy preconizada para llegar á constituir un gobierno capaz de remediar los males del país, se deshace bajo el analema de los dioses menores que dan sus fuerzas de apoyo al Gobierno para que éste les pague en favores, con creces, la ayuda que recibe.

Así se en tiende la política y eso es el criterio que se tiene de los empleos públicos. No se busca el hombre para el cargo; se crea el cargo para el hombre y poco importa si en su desempeño no resulta airoso el empleado, es decir el favorecido del caudillo.

Al ministro que piensa seriamente en la misión que ha llevado al Gobierno y que pone empeño decidido en rechazar las influencias mal sanas que pueden dar al traste con su obra, se le combate con enarnazamiento y se le hace el vacío para que se vaya y deje libre el puesto a otro más flexible.

Al Sr. Ursáiz ya le pasa algo parecido: se ha empeñado en conservar á los técnicos porque considera su ayuda provechosa y los que esperaban disponer de esos cargos amenazan con hacerle la guerra.

Siempre lo mismo. Siempre los intereses de la patria supeditados á las cuestiones de ambición y de amor propio.

TIJERETAZOS

Dice un colega catalán:

«Digan lo que quieran los termómetros, la temperatura política de España es de cero grados.»

Se equivoca el colega.

Esa temperatura que acusa el termómetro, es la del ambiente.

¡Si el termómetro político está que echa chispas!

En Barcelona han saltado algunas y debe haberlas visto el colega, si no es ciego y sabe apreciar.

En Sans hay una plaza que lleva el nombre de la diosa Fortuna.

Y ha sido destinada á depósito de piedra para recibo de caminos.

¡Lo que se le ocurre á los ediles.

Es lo que habrán dicho:

—Para que el que pase por aquí tenga la fortuna de romperse algo.

Dice un corresponsal hablando de un infanticidio horrible, realizado por la madre y la abuela de la víctima:

«A pesar del cinismo de estas mujeres, están en la cárcel, á disposición de las autoridades.»

Apesar y por eso.

Y además por lo otro, es decir, por el infanticidio.

Estaría bueno que bastara ser cínico para huir la acción de la justicia.

Dicen de Puerto Rico que han ocurrido allí desórdenes con motivo de ciertos atropellos realizados por un inspector yanqui de escuelas públicas.

No sabemos como puede ser eso.

Esos yanquis eran unos benditos y por eso les abrieron los brazos los habitantes de la pequeña antilla.

De modo que...

Leemos:

«Los amigos del señor Villaverde dicen que no es exacto que éste piense hacer un viaje por el extranjero.»

Hace mal.

Eso es el mejor remedio contra la ictericia, sobre todo si el viaje se realiza por mar.

CAPUCHINERAS

El cantar que más quería entre amarguras nació y lo escribí con mi llanto dentro de mi corazón.

Personilla de mi gusto, sangrecilla de mi sangre; ¡cuántas fatigas me cuesta que me olvides y olvidarte!

A dos pupilas azules prendieron dos ojos negros y hoy la libertad no quieren que lo dón sus carceleros.

Somos ramas de un rosal y fruto de una semilla, ¡tu rama es rama de rosas, mi rama es rama de espinas!

Junto al nido del que amabas llorar y llorar te ví, ¡ganas de morir me tengo porque me lloren así!

A tus celos les sucede lo mismo que á mis rosales, mientras más ramas les quito, muchas más ramas les salen.

Narciso Díaz de Escobar.

Curiosidades

El ámbar natural cada vez es mucho más raro.

No está todavía muy lejano el tiempo en que una boquilla ó una pipa de ámbar verdadero sea una cosa rara y de extraordinario lujo.

La pepita más grande de oro que hasta ahora se ha visto es la llamada «Savah Sandes», que encontró un afortunado minero australiano.

La mencionada pepita pesaba 113 kilogramos.

En Francia hay más de veintidos mil personas dedicadas al cultivo y venta del tabaco.

De numerosos experimentos que se han hecho en los hospitales y en algunos hombres de ciencia heroicos que han permitido

que en sus últimos momentos probaran en ellos lo que en ellos habían probado en otros enfermos, se han sacado las siguientes conclusiones:

A un moribundo se le pueden aplicar hierros candentes sin que sienta el menor dolor.

La conciencia suele existir hasta el momento mismo de la muerte; pero la mayoría de los que se hallan en este caso pierden la facultad de pensar mucho antes de la muerte.

En muchos casos en que los enfermos dan muestras de experimentar grandes sufrimientos y espasmos, no padecen nada en realidad, pues este gran fenómeno es debido á la acción refleja de todos los músculos.

Además, el miedo á la muerte debilita el sistema muscular y la aprensura, mientras que la vida puede prolongarse cuando no existe tal temor.

Contra lo que se cree y han asegurado los médicos, el cansancio no es perjudicial para la vista.

Aunque más delicados, los ojos no sufren peores consecuencias que cualquier otra parte del cuerpo, que los brazos ó las piernas, por ejemplo, cuando se cansan. Y de igual manera que si, después de un largo paseo, descansamos, las piernas recobran toda su fuerza y su resistencia, así también todo lo que necesitan los ojos después de un trabajo largo y penoso, es un poco de descanso.

Dejar una lectura ó un trabajo que exija toda la concentración de la vista por miedo de que los ojos se cansen, es una tontería.

Los ojos avisan siempre cuando están cansados; en tales casos, se enturbia algo la vista ó se ven algunas nubecillas ó duendones.

Si tal sucede, lo prudente es apartar de vez en cuando la vista del sitio donde se tiene concentrada y pasearla por la habitación.

Si el cansancio persiste, entonces no cabe duda que conviene descansar algunos minutos.

Lo único contra lo cual es indispensable precaverse es contra el exceso de trabajo; es decir, que de ningún modo se ha de continuar trabajando después que la vista haya dado señales de cansancio.

mejante proceso no se llevaría adelante, cobardes por los temores que había sufrido, exhausta ya de fuerzas por las emociones y falta de resistencia, escribió á Enrique: «Mañana á las dos, si no está usted, le esperaré sentada en la escalera.»

y todo aquel día y al siguiente, al lado de su marido, junto á su hija, en su cuarto, oliendo la palma de las manos, que no se había lavado, respiraba á su amante y besaba el perfume de sus cabellos.

La traición y la ruptura de aquella noche, después de un año, destrozaron á madame Bourjot. En el primer instante sintió como una herida por donde se marcha la existencia; creyó que iba á morir y hasta encontró consuelo con este pensamiento. Al día siguiente esperó á Enrique venida, dispuesta, si hubiera ido, á pedirle perdón, á decirle que la culpa era suya, á rogarle que olvidase, que fuera bueno, que la dejase recoger limosnas de amor. Aguardó ocho días y Enrique no fué. Le pidió una entrevista para devolución de cartas y Enrique se las envió. Le escribió para verle por última vez y darle un adiós supremo, y Enrique sin contestar, aunque por sus amigos, por los rumores de los periódicos y de la sociedad, hizo llegar á Mad. Bourjot las noticias de un proceso formado por uno de sus últimos artículos sobre la miseria de las clases pobres. Durante otra semana hizo sonar á aquella mujer con polvora correccionel, gendarmes, prisión; cuanto la imaginación dramática de las mujeres vé al término de un proceso; y cuando el procurador general dió á Mad. Bourjot la seguridad de que se

años se quería conocer: una hermosura que hace pensar en la juventud que no han tenido. Hasta entonces, por otra parte, no había habido para madame Bourjot peligros muy vivos ni tentaciones muy grandes. La sociedad á que sus gustos la habían llevado, sus compañías, los hombres de su salón y de su intimidad no la habían obligado á defenderse formalmente. Era en su mayoría miembros del Instituto, sabios, literatos, políticos, todas personas modestas, pacíficas y que parecían viejos, los unos por el pasado, los otros por el presente que habían removido. Contentábanse con muy poco, el ruido de un vestido, una frase amable, una mirada que les atendía. Rodeada de su adoración académica, madame Bourjot no había corrido gran peligro con sus bromas de Egeria: había sido para ella una llama con la que se juega y no puede quemar.

Pero llegó para ella la madurez y acabó de cumplirse el gran cambio de su economía y de su cuerpo. Atormentada por una superabundancia de salud y por un exceso de vida, parecía que su ser moral perdía las fuerzas que ganaba su ser físico. Conocía tener, con una gran admiración á su pasado, menos solides en el alma y menos seguridad en el orgullo. En aquel momento se apareció en su casa Enrique Mauperin, joven, inteligente, profundo, ar-